

MI ÚLTIMA DESPELLORFÁ

No quisiá yo d'irme pa "Lo Sabala" sin dejar conosensia d'una costumbre güertana, mu bonica que s'hasía'n Catral cuando yo'ra menúo.

Era la despellorfá/espellorfá u despellorfe/espellorfe, que'n muchos otro roales le isen tamién el desperfollo/esperfollo: quitar las hojas secas a las panochas del paniso'n antes del desgrune.

¡Qué bien se pasaba'n aquellas ajuntaeras! Acudían viejos, jóvenes y mañacos, k'asentaos en el montón panochero, quitabamos con cuidao las hojas pa'charlas en un rincón, y la panocha limpia'n una'stiba. Mientras, se cuentaban adivinallas, cuentos, chascarrillos y tóa clase e pasajes. Al remate d'esto, los dueños agraesían l'ayúa con creíllas asás, guñuelos, pan de higo, dátiles u paparajotes, y, en habiendo guitarra, tamién s'echaba'nguna k'otr'habanera, jota u malagueña. ¡Ah! Es importante aclarar que'n aquellos tiempos, el paniso'ra blanco, en el que t'escontrabas anguna k'otra ves granos coloraos, amarillos u moraos, que daban lugar a una e las cosas más devertías e la runión: Por ca grano amarillo que te'scontraras, te se premitía arrear'l'un abraso a cualquier presente; si era morao, un repisco, y si era colorao, un beso. Y dianque'ntavía no era nuevañero, m'arrecuerdo como si habiera só ara mesmico, y con muncho regomello, e la última en disfrutar, que jue la e la Carmelica del tío Pretolino.

La Carmelica era una vesina, mu guapetona, que s'había queao viuda dende mu juvenica, y pa más inri, sin dengún otro familiar p'ayuarla que tres creaturicas que l'había hecho'l Pedro, su defunto marío. Guapa y probe, pero más güena que'l pan, hasía que toos los vecinos la quisián como si ajuera e su familia, asín que cuando pidía que l'echaran una mano pa despellorfar el paniso d'un par e tahullicas que teniba, too quisqui se deshasía p'haserlo.

D'entre toos los que jueron esa tarde, no me quéa más remedio que recalcar anguna e sus cosas que no'lviará'n secolá secolaron.

-Mi mama, mi maere, que cuando un servior hasía o isia algo que no le gustaba, m'arreaba un repisco que me retorsía dista'l gargamel. A mi quejío, daba como'splcaúra que l'habíá salio un grano morao (grano morao me salía a mí ande ella m'habíá "acarisiao".) Y anque no lo'nseñara, ¡toos la creíban y se reiban!

-La tía Urelia la Pantorrá", la más hablaora y grasiosa, aseguraba que las riás, las helás y las sequías eran castigos que Dios endirgab'a los güertanos, puique los mandamientos isían que la formigasión era pecao, y en la güerta se formigaba toos los días, y ca ves más.

-La "Caroluja", una vieja cascarrúa que, poco más o menos, hasía milagros como'l Señor con los panes y los pescaos, pos a ella, con un güevo, una cuchará leche, una d'harina, otra d'asucal y ni'stepensia más e naíca, le salía una costura pastas.

-El tío Pere'l "Maño", isía qu'en la mesa, lo mejor que se comía era'l vino. Era'l trovero e la Virgen del Rosario, y en la malagueña que bailó él mismo con la Carmelica, le regaló'sta letra a las catraleras:

"El aire por malagueñas / naide lo sabe bailar / mejor que las catraleñas, / y en salero, pasa igual / que bailando malagueñas".

-El Ulogio'l "Serriche", que jue lo más chillao e toiquio. Este, un jandolo solterón que se veía mu poco and'habiera que trebajar, a no ser k'habiera serc'anguna sagala jampona, y estonses, en antes que'mprensipiara'l acontesimiento, él enguiscaba a los más críos con dos reales por ca panocha con grano e color que le pasaran, entientico y con desimulo. D'aquí, el Paquico'l "Faco" s'allevó a su casa na menos que peseta y media (lo que cuestaba una libra malacatones d'estonses.) Yo, d'este negocio, nunca vi una perrica ante la alvirtensia e mi mae, na más allegar a la verea d'entrá a la casa: "¡Chiito!, si yo m'entero que tú... ¡d'un pestrujón t'alevento'n peso!

¡Ah! Y me s'olviaba lo más mejor d'ese 'spellorfe: el piaso jetá que l'atisó la Barberica la "Rola"en dispués qu'el Ulogio l'endirgara un repisco y ella s'apercatara k'habíá sío con una panocha comprá a la menualla. Se cayó e culo en la burrumballa e las pellorfas y deseguía se las piró'scarretillao..

¡Ausás, la panchá risa que nos dimos toos los despellorfaores que queabamos!

¡Qué lastimiquia qu'esto s'haya ido al garete! ¿A qué cosas como esta no teniban que perderse, al menos olviarse 'n jamás e los jamanses?

El Joseíco e la Rocamora

Traducción

No quisiera yo irme para “Lo Zabala” (cementerio) sin dejar testimonio de una costumbre huertana, muy bonita que tenía lugar en Catral cuando yo era pequeño.

Era la “despellorfá/espellorfá” o “despellorfe/espellorfe”, que en muchos otros lugares llaman también, el desperfollo/esperfollo: quitar las hojas secas a las panochas del maíz, antes del desgrane.

¡Qué bien se pasaba en aquellas convivencias! Acudían viejos, jóvenes y niños, que sentados en el montón de mazorcas, quitábamos con cuidado las hojas, para echarlas en un rincón, y la mazorca limpia, en una espuma. Mientras, se contaban adivinanzas, cuentos, chascarrillos y toda clase de experiencias personales. Al remate de esto, los dueños agradecían la ayuda con patatas asadas, buñuelos, pan de higo, dátiles o paparajotes, y, habiendo guitarra, también se echaba alguna que otra habanera, jota o malagueña. ¡Ah! Es importante aclarar que en aquellos tiempos, no había maíz amarillo, era, blanco, en el que te encontrabas alguna que otra vez, granos rojos, amarillos o morados, que daban lugar a una de las cosas más divertidas de la reunión: Por cada grano amarillo que te encontraras, darle un abrazo a cualquiera de los presentes; si era morado, un pellizco, y si era rojo, un beso.

Y aunque todavía no había cumplido los nueve años, recuerdo, como si hubiera sido ahora mismo, y con mucha nostalgia, de la última en disfrutar, que fue la de la Carmelica del tío Petronilo.

La Carmelica era una vecina, muy guapetona, que había enviudado muy jovencita, y para más inri, sin ningún otro familiar para ayuda que tres

criaturitas del Pedro, su difunto marido. Guapa y pobre, pero más buena que el pan, hacía que todos los vecinos la quisieran como si fuera de su familia, así que cuando pedía que le echaran una mano para desperfollar el maíz de un par de tahullas que tenía, todos se deshacían para hacerlo. De entre todos los asistentes de esa tarde, no me queda más remedio que destacar alguna de sus cosas que no olvidaré *in secula seculorum*.

-Mi mama, mi madre, que cuando un servidor hacía o decía algo que no le gustaba, me daba un pellizco que me retorcía hasta el gaznate. A mi quejido, daba como explicación que le había salido un grano morado (grano morado me salía a mí donde ella me había “acariciado”.) Y aunque no lo enseñara, ¡todos la creían y se reían!

-La tía Aurelia la Pantorrá”, la más habladora y graciosa, aseguraba que las riadas, las heladas y las sequías eran castigos que Dios enviaba a los huertanos, porque los mandamientos decían que la “formigación” era pecado, y en la huerta se “formigaba” todos los días, y cada vez más.

-La “Caroluja”, una vieja cascarrabias que, poco más o menos, hacía milagros como el Señor con los panes y los peces, pues a ella, con un huevo, una cucharada de leche, una de harina, otra de azúcar y ni una brizna más de nada, le salía un cesto grande de galletas.

-El tío Pere, el “Maño”, decía que en la mesa, lo mejor que se comía era el vino. Era el trovero e la Virgen del Rosario, y en la malagueña que bailó él mismo con la Carmelica, le regaló esta letra a las catraleñas:

“El aire por malagueñas / nadie lo sabe bailar / mejor que las catraleñas, / y en salero, pasa igual / que bailando malagueñas”.

-El Eulogio, el “Serriche”, que fue lo más destacado de todo. Este, un holgazán solterón que se veía muy poco donde hubiera que trabajar, a no ser que hubiera cerca alguna zagala de buen ver, y entonces, antes que empezara el acontecimiento, él tentaba a los más pequeños con dos reales por cada panocha con grano de color que le pasaran, silenciosa y disimuladamente. De aquí, el Paquico, el “Faco” se llevó a su casa nada menos que peseta y media (lo que costaba medio kilo de melocotones de entonces.) Yo, de este negocio, nunca vi un céntimo ante la advertencia

maternal, nada más llegar al camino de entrada a la casa: “¡Chiquito!, si yo me en-tero que tú... ¡de un estrujón te levanto en peso!

¡Ah! Y olviaba lo más mejor d’ese “espellorfe”: el pedazo de bofetón que le propinó la Barberica la “Rola”, después que el Eulogio la pellizcara y ella se percatara que habiéa sido con una panocha comprada a los niños. Cayó de culo en el montón de la hojarasca, y enseguida se largó disparado. ¡Cuánto nos hartamos a reír todos los deshojadores que allí quedábamos!

¡Qué lástima que esto se haya ido al garete! ¿A qué este tipo de cosas no tenían que perderse, al menos olvidarse, jamás de los jamases?

José M^a Cecilia Rocamora